



## > La ciudad, los miedos y la reinstauración de los espacios públicos

Por Claudia Laub (\*)

(\*) Asociación El Ágora Córdoba, Argentina.

Texto que hace parte del Debate-Taller realizado en el marco de la investigación "Espacios públicos urbanos y construcción de capital social" realizado por la Corporación de Estudios Sociales y Educación SUR, Septiembre de 2003.



*Ocurre con las ciudades como con los sueños: todo lo imaginable puede ser soñado, pero hasta el sueño más inesperado es un acertijo que esconde un deseo, o bien su inversa, un miedo. Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas y toda cosa esconde otra.*

*No tengo deseos ni miedos declaró el Kan, y mis sueños están compuestos o por la mente o por el azar. También las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero ni la una ni el otro bastan para tener en pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya.*

Italo Calvino, Las ciudades invisibles

Producto cultural, producto de cultura; producto social, productora de sociedad, la ciudad constituye un paradigma y un objeto. Un multimedia de mensajes y sentidos, de ruidos y silencios, de imágenes y palabras. La ciudad es la creación del hombre y, por eso, en su diseño y en la configuración de sus espacios podemos vislumbrar a la sociedad que la crea y la sostiene.

Desde Durkheim en adelante, la tradición sociológica ha considerado la ciudad como «el lugar de la máxima intensificación de los lazos sociales», identificación que nos muestra claramente las desigualdades patentadas en los diferentes usos de los espacios urbanos. No es lo mismo vivir en el centro que en la periferia; y en la periferia se puede vivir en una casa humilde o en un barrio privado. La ciudad es el espacio de los cruces físicos y sociales, de grupos y sociedades. Lugar de luchas, contradicciones y mestizajes. (1)

La ciudad incluye y excluye, iguala y divide, da seguridad y genera opresión. Sus fortalezas están hechas no solo de ladrillos y cercos; también hay muros mentales, políticos y culturales que conforman y deforman los territorios urbanos.

País de paredes, dice Carlos Fuentes, México las construye primero, como todos los pueblos, para defenderse de las inclemencias del tiempo, del asalto de las bestias y luego del ataque de los enemigos. Pero enseguida, la fundación obedece a otras razones: primero, separar lo sagrado de lo profano. Luego, segregar al conquistador del conquistado. Y finalmente, alejar al rico del pobre.

La urbanización ha corrido paralelamente al incremento de la violencia urbana que sobrepasa, día a día, el crecimiento demográfico de las ciudades. Violencia que surge no como un hecho aislado y espontáneo, sino que es producto de una sociedad caracterizada por la desigualdad y la exclusión social. La violencia se construye y se activa a partir de la exclusión: exclusión del sistema de pertenencia que sujeta a un miembro con su grupo, con su comunidad, con su país y que es factor de contención e identidad. Por el contrario, la identidad y la inclusión se constituyen como significantes primordiales y representan el movimiento de ligazón con la ley, con la cultura, con las relaciones interpersonales, con el orden simbólico.

Contrariamente a una concepción de ciudad formada por individuos libres que tienen relaciones racionales, las metrópolis contemporáneas suscitan una multiplicidad de pequeños enclaves fundados en la interdependencia y heteronomía del tribalismo. El objeto ciudad es una sucesión de territorios en los que la gente, de manera más o menos efímera, arraiga, se repliega, busca cobijo y seguridad. (2)

### **Fragmentación social: estallido urbano**

Grupos reunidos por sentimientos, por un nuevo estilo de sociabilidad. La crisis de las instituciones hace emerger un nuevo tipo de tejido social ya no referido a un territorio fijo ni a un consenso duradero y racional. Las tribus urbanas están convocadas y reunidas por los repertorios estéticos, los gustos sexuales, los estilos de vida, las experiencias religiosas. Basadas en implicaciones emocionales, en compromisos precarios y en localizaciones sucesivas, las tribus se entrelazan en redes que van del feminismo a la ecología, pasando por las bandas juveniles, las sectas orientales, las agrupaciones deportivas, los clubes de lectores, los *fans* de cantantes, las asociaciones de televidentes. Creadoras de sus propias matrices comunicacionales, las tribus urbanas marcan de forma identitaria tanto sus ritmos de agregación, sus cadencias de encuentros, como los trayectos con que demarcan los espacios. No es el lugar el que congrega, sino la intensidad de sentido depositada por el grupo lo que convierte una esquina, una plaza, una discoteca o un descampado, en territorio propio. (3)

El tribalismo va de la mano de la masificación y es la ciudad el escenario donde los diferentes grupos hallan espacio para su confrontación, encuentro y diferenciación. Muchas veces, estos espacios de búsqueda de identidad colectiva devienen en escenario de comportamientos violentos. No puede esperarse otra cosa en una sociedad donde consumir es más valorado que compartir, donde la competencia tiene más difusión que la solidaridad, donde un enorme porcentaje de los jóvenes crece sin esperanza de empleo ni de éxito. La delincuencia también aparece, entonces, como un camino estimulado por el consumismo, por la impunidad y por los medios de comunicación que la propagan y legitiman. La necesidad de desarrollar mecanismos psicosociales compensatorios produce comportamientos antisociales o genera actividades criminales como medio de afirmación, como forma alternativa de recuperar la propia estima a partir del reconocimiento del grupo. Muchas veces, el enfrentamiento con la policía o la ley refuerzan esta tendencia. Desde una mirada psicoanalítica, la violencia se inscribe a expensas de sentimientos de indefensión y privación. El accionar violento es interpretado así como una búsqueda fallida de contención. (4)

En este contexto, la violencia representa una distorsión de las relaciones sociales creadas dentro de una estructura familia, grupo, barrio, país que no puede desempeñar positivamente su papel de creador de identidad y pertenencia. La violencia genera una historia de conflictos diversos y variados, cargados de formas más o menos brutales, referidos a los lugares, las situaciones, las personas. Es lo que enfrenta a un hombre con una mujer, a un individuo con una institución, a un adolescente con un adulto.

Quedan pocas dudas respecto de que la violencia no es un acto original sino una construcción, una de las múltiples formas de relación entre los seres humanos, que, según Franco, tiene tres características fundamentales: primero, es una relación mediada por la fuerza: hay una sustitución del argumento, de la palabra; segundo, es una fuerza que, aplicada, siempre produce daño: priva, deprava física y psicológicamente; y tercero, siempre tiene una dirección. No hay una violencia porque sí. No hay violencia demencial, violencia sin sentido. Toda violencia tiene detrás un proyecto. Un proyecto de poder. Y no solo con referencia a los macropoderes del Estado. Innumerables pequeñas violencias domésticas están impregnadas de ese proyecto de redefinir o reafirmar la autoridad. La violencia siempre es construida en el conjunto de las relaciones. (5)

### **La ciudad fragmentada**

La ciudad latinoamericana se construyó sobre una cuadrícula, trazada en planos antes que en la tierra, con una capacidad de crecimiento y expansión aparentemente ilimitada. El centro daba coherencia y referencia al resto y en el centro del centro estaba la plaza. Hoy, centros de compra aislados, barrios privados, villas miseria o planes de vivienda y nuevos centros de consumo marcan una tendencia.

La ciudad se ha descentrado, y este descentramiento es la forma física que ha tomado la fragmentación social. Esta tendencia se hace patente en el uso del territorio. Las ciudades se están polarizando y emergen en sus territorios sociedades duales donde las desigualdades económicas entrañan profundas diferencias de oportunidades, de modos de vida, de valores y, también, de apropiación de los espacios urbanos, dando origen a guetos de miseria, por un lado, y de

lujo, por otro.

En las periferias de nuestras ciudades aparecen los conjuntos «amurallados » en los que se encierran grupos de habitantes en busca de seguridad y privacidad. No son verdaderas comunidades lo que podría dar cierto viso de legitimidad a la automarginación, sino propietarios de viviendas sin relación entre sí, que se segregan voluntariamente del resto de los habitantes. Solo comparten algunos servicios y un grado de seguridad ante una ciudad cada vez más violenta y peligrosa. (6) En otros sectores de la ciudad, a veces rodeando estos conjuntos que en Argentina llamamos *countries*, se asientan ilegalmente las «villas miseria», enclaves de grandes masas de la población que no cuentan con posibilidades de acceso a una vivienda digna.

### Tiempos violentos en la ciudad

Inmerso en este contexto, el ciudadano percibe con angustia un clima de inseguridad; sale a la calle, cada día, y se enfrenta a situaciones de violencia propia y ajena, a la violencia que sobre él ejercen otras personas y también las instituciones. Camina con miedo por las calles del barrio donde vive, elige con cuidado los lugares para transitar y termina por encerrarse cada vez más en su casa. Se siente como un extraño en su propio medio. Esto sin olvidar el terrible desamparo que padece aquel que no tiene un empleo o carece de vivienda.

La inseguridad obliga a los habitantes de las ciudades a adoptar técnicas de supervivencia que profundizan la segmentación social, inciden en la devaluación de la vida humana y en la tendencia a responder a la ansiedad escalando aún más la segregación y la confrontación entre sectores. La multiplicación de las medidas de seguridad privada en las zonas residenciales, las alarmas, la vigilancia privada, los animales entrenados y una mayor presencia policial, han invertido la tendencia. Ahora las mayores víctimas de saqueos domiciliarios, asaltos a mano armada y ataque contra las personas, se encuentran en barrios cuyos habitantes son de clase media baja.

El robo es también una preocupación entre las familias de menores recursos. A estos delitos se suman las drogas, las amenazas y violaciones, las lesiones y homicidios que muchas veces no se llegan a conocer. En cuanto carecen de infraestructura adecuada para proteger sus bienes, los pobres son más vulnerables; incluso en ciertos barrios la policía ni siquiera ingresa para protegerlos. La tendencia a la privatización de los medios de seguridad solo es apropiada por los sectores que pueden pagar el servicio.

La inseguridad es desigual. La violencia urbana no afecta a todos por igual ni a todos los barrios con la misma intensidad.

Los que más sufren la inseguridad son los pobres, en particular las mujeres y los jóvenes, principales víctimas de los delitos. No solo son más vulnerables a ciertas categorías de delito, crímenes violentos, sino también a los efectos que tiene la victimización. Y esto tiene como consecuencia un límite a la oportunidad de escapar al ciclo de la pobreza.

Las cárceles siguen siendo la escuela del crimen pagada con el dinero de los contribuyentes.

Se multiplican los casos de «justicia por mano propia». Los llamados «justicieros» encuentran defensores públicos y anónimos que justifican este tipo de conductas como una defensa ante la inoperancia de la Justicia y la falta de seguridad.

Por otra parte, el sentimiento de inseguridad creciente agrava la inestabilidad democrática: el ciudadano acosado por el miedo cuestiona la razón de ser del Estado y pone en peligro la vigencia del sistema. Se pregunta: ¿de qué sirve un Estado que no puede garantizar la seguridad de las personas y de los bienes? Frente a esta demanda, el poder público recurre a la respuesta rápida y pretende resolver el problema con leyes más represivas, con más policía, con más control.

Muchas veces, las propias instituciones encargadas de proteger la seguridad ciudadana son las que cometen crímenes y asesinatos contra los ciudadanos, como es el caso del «gatillo fácil». Y otra vez, son los jóvenes de los sectores de menores recursos las víctimas más frecuentes de estos atropellos.

A esta sensación de temor e inseguridad, se suma el descontento social por la implementación de un modelo de crecimiento macroeconómico basado en severos planes de ajuste y causante del empobrecimiento de numerosos sectores de la sociedad. La expresión de este descontento se realiza generalmente de modo violento cortes de ruta, toma de edificios públicos, incrementando la sensación de malestar ciudadano. Esta circunstancia, sumada al aumento de los extremismos, conduce a la proliferación de discursos de corte fascista y autoritario y puede llevar a la sociedad a demandar formas autoritarias de gestión que resuciten estilos dictatoriales del pasado, o a la invención de nuevas tecnologías de control; en definitiva, se corre el riesgo de sucumbir al pedido de acciones que solo logran profundizar la exclusión.

Ejemplo de ello es la implementación, por parte del Estado, de políticas de seguridad que tienen como mira exclusiva el mantenimiento del orden público, sin contar para ello con la participación ciudadana y sin considerar como axioma prioritario el respeto irrestricto de los derechos humanos.

Ya tenemos experiencia los latinoamericanos y conocemos muy bien las pesadillas que se desencadenan cuando, con el pretexto de garantizar el orden y la tranquilidad de los ciudadanos, se desata el terrorismo de Estado sustentado en una

Doctrina que, paradójicamente, en nuestro país llevó el nombre de Seguridad Nacional.

La falta de confianza en todo lo que se relaciona con la acción colectiva acompaña las tensiones que eclosionan en la ciudad y produce conflictos cotidianos en cada barrio. La sensación de desprotección que se instala en los habitantes de las ciudades resulta, sobre todo, de un abandono social. Los ciudadanos se sienten abandonados por sus instituciones, por el personal policial, por sus autoridades, por sus vecinos.

Ahora, si bien los crímenes violentos son más visibles en las ciudades y su incremento crea fuertes sentimientos de desprotección e intolerancia, la inseguridad del ciudadano no es producto exclusivo de la criminalidad.

La naturaleza de este sentimiento, que se expresa como inseguridad (en alemán, *Unsicherheit*, que fusiona desprotección, incertidumbre, vulnerabilidad), constituye un impedimento para instrumentar soluciones colectivas.

Las personas que se sienten inseguras no son verdaderamente libres para enfrentar los riesgos que exigen una acción colectiva. (7)

El miedo genera aislamiento y la vida social queda reducida a la mínima expresión. La ciudad se transforma en un lugar de habitación y no de vida.

Se separan los lugares en áreas diferenciadas para el trabajo, para el tiempo libre, para los aprovisionamientos. El espacio público es solo el lugar de paso. La energía urbana se metaforiza en la pura circulación: se trata de llegar, de no detenerse; de circular, no de ambular. Que la gente circule y no se encuentre, parece ser la preocupación fundamental de los urbanistas. La posibilidad de contacto de la gente se limita a rutinas que día a día reducen los espacios y lo fortuito. Pasan a ganar importancia las prácticas de reclusión en espacios íntimos, y solo los jóvenes conservan vivos algunos lugares de la ciudad para trasladarse y reunirse fuera de lo privado. (8)

Esta subutilización del espacio público significa un deterioro de la cohesión comunitaria, de la posibilidad de construir una identidad colectiva en función del encuentro con el otro. Las instituciones han dejado de ser puntos de referencia estables. El barrio y la vecindad han devenido residuales: solo representan un lugar de intercambio de pequeños servicios.

### **La ciudad mediática**

El proceso va de la categoría de ciudadanos a la de consumidores o marginados, y de la sociedad política a la sociedad de espectadores. La sociedad política y de los ciudadanos se encontraba en los equipamientos colectivos: museos, teatros, bancos, fábricas, hospitales, mercado, espacios de encuentro e integración de los segmentos sociales. Sobre ellos hoy se imponen otros trazos que desmaterializan los contactos, debilitando la vida pública. Estos otros trazos son los dispositivos audiovisuales, que podríamos concebir como equipamientos colectivos ingrátidos que suprimen de cuajo el movimiento y la distancia y que pretenden enseñar, en alguna medida, las fronteras culturales entre las clases, la ausencia paulatina de vínculos sociales y los contrastes de los desequilibrios y la desigualdad social. (9) Las nuevas tecnologías crecen al ritmo que aumentan las distancias y desequilibrios de nuestras sociedades. Su perfeccionamiento y sofisticación parecen tender a la captura de todos los sectores sociales. Se trata de la «movilidad sin desplazamiento» y del «ver para creer». El nosotros se funda ahora en la atomización de los públicos y la convergencia de los individuos en la distancia.

Paradojas urbanas de fin de siglo: las ciudades crecen y se reducen los ámbitos vitales de referencias. Si la ciudad pierde su centro, la pantalla y la red constituyen el punto que descentra las operaciones cotidianas, y así es posible recorrer la ciudad sin salir de casa.

La plaza central como lugar de encuentro y sociabilidad de nuestras ciudades latinoamericanas es hoy la pantalla y la red. De este modo, los contactos se desmaterializan y la escena urbana desaparece.

Por otra parte, ante la irracional urbanización de nuestras ciudades, las redes electrónicas aportan su eficacia comunicacional. Existe, de hecho, una simetría entre el crecimiento urbano y la expansión de los medios. Se podría aventurar que el desequilibrio urbano exige la reinención de los lazos sociales y culturales.

### **La reinstauración del espacio público**

Transformar la cultura de la violencia en cultura del diálogo supone soñar con la reinstauración de la plaza como símbolo de lo público, como reanimación del cuerpo social, oxigenando los pulmones donde la ciudadanía respira identidad.

La plaza: conjunto semántico que retrotrae al espacio arcaico, a la infancia, a los amores, a los festejos del pueblo, a la vivencia de ciudadanía.

El pueblo quiere saber de qué se trata y es en la plaza donde pregunta con voz colectiva. La plaza es escena y metáfora

de la vida ciudadana. En torno a las plazas nacieron las ciudades y en ellas los pobladores devinimos ciudadanos, reuniéndonos para peticionar a las autoridades, para preguntar por nuestros muertos, para protestar, para celebrar ritos cívicos, deportivos, musicales, culturales.

El espacio público es de todos: en sus senderos se cruzan todo tipo de personas, de todas las clases sociales, de todas las edades, de diferentes etnias. Son espacios abiertos y respirables en medio del cemento y el *esmog*, y allí los seres humanos podemos recuperar, por un instante, el contacto con la tierra.

Estos espacios son también lugares de encuentro fortuito, de la charla informal, de la conversación. Allí se establecen nuevas solidaridades y crecen inesperadas sensaciones: músicas, olores y colores. La estación, la fiesta, la feria, la calesita y el tiempo libre, la discusión política, el teatro callejero, el chisme, la hamaca, la golosina, la noticia del día, el amor y la fuente. La plaza es un buen sitio para reflexionar antes de tomar algunas decisiones, para leer, para esperar, para soñar. En sus senderos los vecinos se saludan y en sus bancos sesiona de cara al sol el Consejo de Ancianos.

Sentimos nostalgia de la plaza, el espacio privilegiado para construir ciudadanía. Recrear plazas es nuestra utopía. No importa si son virtuales, interiores, cibernéticas, permanentes o esporádicas. Pueden desplegarse en las azoteas o en los subterráneos, adentro de un *shopping* o en una discoteca. Lo importante es que resignifiquen espacios impregnados de ciudadanía, de diálogo, de libertad, de solidaridad y también de alegría, a pesar de todo.

CL

(1) Daniel Cabrera, *Paneoclip*. Módulo del Centro de Educación a distancia. Introducción a la Comunicación Social (Córdoba: UI Universidad Nacional de Córdoba, 1994). [\(volver al texto\)](#)

(2) Michel Maffesoli, «La hipótesis de la centralidad subterránea.», Revista *Diálogos* 23 (marzo de 1989): 8. [\(volver al texto\)](#)

(3) Jesús Martín-Barbero, citado por Daniel Cabrera en *Paneoclip*. [\(volver al texto\)](#)

(4) Alfredo Torres, «Violencia y cultura, un enfoque analítico». Leído en mesa redonda «Violencia y familia», organizada por la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Buenos Aires, agosto de 1988. [\(volver al texto\)](#)

(5) Saúl Franco, «La violencia es siempre un mensaje». Reportaje del diario *Página 12* (Buenos Aires, 6 de abril de 1997). [\(volver al texto\)](#)

(6) M. Waisman, «La ciudad descentrada», Revista *Obras y Proyectos* (octubre de 1994): 8. [\(volver al texto\)](#)

(7) Zygmunt Bauman, *En busca de la política* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001). [\(volver al texto\)](#)

(8) Cabrera, artículo citado. [\(volver al texto\)](#)

(9) Mabel Piccini, «La ciudad interior: comunicación a distancia y nuevos estilos culturales» (Departamento de Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México, 1994. Mimeo), p. 12. [\(volver al texto\)](#)

## > EN ESTE NÚMERO:

### > [Editorial](#)

### > [Derecho a la ciudad y espacio público: algunas aportaciones recientes](#)

### > [La ciudad, los miedos y la reinstauración de los espacios públicos](#)

### > [Espacios Públicos / Espacios Colectivos](#)

### > [Espacios públicos en la sociedad informacional](#)

### > [Diseñar la ciudad para el deporte en sus espacios públicos](#)

### > [Noticias](#)

### > [Presentación](#)